

Solemnidad de Santísimo Cuerpo y Sangre de Cristo

Comieron todos y se saciaron
(Lc 9, 11b-17)

ANTÍFONA DE ENTRADA (Sal 80, 17)

El Señor los alimentó con flor de harina y los sació con miel silvestre.

ORACIÓN COLECTA

Oh Dios, que este sacramento admirable nos dejaste el memorial de tu pasión; te pedimos nos concedas venerar de tal modo los sagrados misterios de tu Cuerpo y de tu Sangre, que experimentemos constantemente en nosotros el fruto de tu redención.

PRIMERA LECTURA (Gn 14,18-20)

Melquisedec ofreció pan y vino

Lectura del Libro del Génesis

En aquellos días, Melquisedec, rey de Salén, rey de Salém, ofreció pan y vino. Era sacerdote del Dios altísimo. Y bendijo a Abrahán, diciendo: «Bendito sea Abrahán de parte del Dios altísimo, que creó el cielo y tierra. Y bendito sea el Dios altísimo, que ha entregado tus enemigos a tus manos.» Y Abrahán le dio el diezmo cada cosa.

SALMO RESPONSORIAL (Sal 109, . 2. 3. 4)

R/. Tú eres sacerdote eterno, según el rito de Melquisedec.

Oráculo del Señor a mi Señor:

«Siéntate a mi derecha,
y haré de tus enemigos
estrado de tus pies.» **R/.**

Desde Sión extenderá el Señor
el poder de tu cetro:
somete en la batalla a tus enemigos. **R/.**

«Eres príncipe desde el día de tu nacimiento,
entre esplendores sagrados;
yo mismo te engendré, como rocío,
antes de la aurora. » **R/.**

El Señor lo ha jurado y no se arrepiente:

«Tú eres sacerdote eterno,
según el rito de Melquisedec.» **R/.**

SEGUNDA LECTURA (1 Cor 11,23-26)

Cada que coméis y bebéis, proclamáis la muerte del Señor

Lectura de la Primera Carta del apóstol San Pablo a los Corintios

Hermanos: Yo he recibido una tradición, que procede del Señor y que a mi vez os he transmitido:

Que el Señor Jesús, en la noche en que iban a entregarlo, tomó un pan y, pronunciando la acción de gracias, lo partió y dijo: «Esto es mi cuerpo, que se entrega por vosotros. Haced esto en memoria mía.» Lo mismo hizo con el cáliz, después de cenar, diciendo: «Este cáliz es la nueva alianza sellada con mi sangre; haced esto cada vez que lo bebáis, en memoria mía.» Por eso, cada vez que coméis de este pan y bebéis del cáliz, proclamáis la muerte del Señor, hasta que vuelva.

ACLAMACIÓN AL EVANGELIO (Jn 6,51-52)

R/. Aleluya, aleluya

Yo soy el pan vivo que ha bajado del cielo, dice el Señor; quien coma de este pan vivirá para siempre.

R/. Aleluya, aleluya

EVANGELIO (Lc 9,11b-17)

Comieron todos y se saciaron

Lectura del Santo Evangelio Según San Lucas

En aquel tiempo, Jesús se puso a hablar al gentío del reino de Dios y curó a los que lo necesitaban. Caía la tarde, y los Doce se le acercaron a decirle: «Despide a la gente; que vayan a las aldeas y cortijos de alrededor a buscar alojamiento y comida, porque aquí estamos en descampado.» Él les contestó: «Dadles vosotros de comer.» Ellos replicaron: «No tenemos más que cinco panes y dos peces; a no ser que vayamos a comprar de comer para todo este gentío.» Porque eran unos cinco mil hombres. Jesús dijo a sus discípulos: «Decidles que se echen en grupos de unos cincuenta.» Lo hicieron así, y todos se echaron. Él, tomando los cinco panes y los dos peces, alzó la mirada al cielo, pronunció la bendición sobre ellos, los partió y se los dio a los discípulos para que se los sirvieran a la gente. Comieron todos y se saciaron, y cogieron las sobras: doce cestos.

Se dice: «Credo»

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Mira, Señor, el amor del corazón de tu Hijo, para que este don que te ofrecemos sea agradable a tus ojos y sirva para el perdón de nuestras culpas.

PREFACIO

El corazón de Cristo fuente de la Salvación

En verdad es justo y necesario, es nuestro deber y salvación darte gracias siempre y en todo lugar, Señor, Padre Santo, Dios todopoderoso y eterno, por Cristo, Señor nuestro.

El cual con amor sincero se entregó por nosotros, y elevado sobre la cruz hizo que de su corazón traspasado brotaran, con el agua y la sangre, los sacramentos de la Iglesia; para que así, acercándose al corazón abierto del Salvador, todos puedan beber con gozo de la fuente de la salvación.

Por eso, con los ángeles y los arcángeles y todos los coros celestiales, cantamos sin cesar el himno de tu gloria:

Santo, Santo, Santo...

ANTÍFONA DE COMUNIÓN (Jn 7,37-38)

Dice el Señor: el que tenga sed, que venga a mí; el que cree en mí, que beba. De sus entrañas manarán torrentes de agua viva.

o bien (Jn 19,34)

Uno de los soldados con la lanza le traspasó el costado, y al punto salió agua y sangre y agua.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Este sacramento de tu amor, Dios nuestro, encienda en nosotros el fuego de la caridad que nos mueva a unirnos más a Cristo y reconocerle presente en los hermanos.

Lectio

Oración

Ven Espíritu Santo, Espíritu del Padre y del Hijo,
Espíritu de verdad y de amor. Ven a habitar mi memoria,
Ven a fortalecer mi voluntad.
Condúceme a la verdad plena, Jesucristo,
nuestro Señor. Amén (Santo Tomás de Aquino)

Cuando Jesús se retira con los “Doce” las gentes lo saben y lo siguen.

El retorno de los Doce hacia Jesús después de la misión, el adherirse a El y estar con El, hace fecundo el ministerio del Discípulo y hace que las gentes acudan a Él. Jesús los acoge y les habla del Reino de Dios, sanando a los que tenían necesidad de ser curados.

Esta multiplicación de Jesús se encuadra dentro de su actividad como Maestro. Jesús se puso a hablar del Reino de Dios. El evangelista Lucas nos sitúa este “milagro” en un lugar abierto donde era más fácil que la gente que seguía a Jesús se pudiera congregarse.

Su acogida previa al Banquete tiene dos aspectos: la Palabra acerca del Reino de Dios y la atención a los necesitados. Es la Palabra que sana y habilita para comer junto con El (Lc 5,29-31)

Es la acogida previa a la celebración eucarística (1Cor,11-33) que concluye: “acójense los unos a los otros”

El día había comenzado a declinar y los Doce le dicen a Jesús que despida a la gente para que vayan a buscar alimentos... y Jesús les dice” denle ustedes de comer”

Ellos ignoran que la Palabra se ha hecho alimento en Jesús. Dios sabrá saciar al hambre de su pueblo incluso en el desierto (Ex 16,1ss; Sal.78,19ss. Jesús da a sus discípulos la misma orden que dio Eliseo, 2R4,42-43).

MEDITACIÓN

Jesús quiso aliviar la necesidad de los muchos que le seguían. Pero también quiso enseñar a sus discípulos: “Dadles vosotros de comer“. Las objeciones que los discípulos pusieron a Jesús son humanamente comprensibles. Era un gentío el que estaba en torno a Jesús y en un descampado. ¿De dónde iban a sacar comida para tantos?

Los Discípulos no comprenden que el “comer”= “vivir”, está unido al “dar”. El gesto de Jesús de partir el pan y entregarse totalmente, les abrirá los ojos sobre la economía de la vida.

Jesús satisface el hambre material de la multitud (partió los panes y se los dio) no sin antes alzar la mirada al cielo y pronunciar la bendición. Solo podremos llevar a los demás a Jesús, si antes nosotros nos hemos alimentado de Él. Esta experiencia de Dios será la que nos empuje a ayudar a nuestros hermanos.

El gesto de Jesús continúa hoy. En la Eucaristía vivimos “aquí y ahora, el “hoy” de su amor eterno que se nos ha entregado en el “Hoy de la cruz” “Se recogieron los trozos que les había sobrado”

La sobreabundancia es la bendición ya prometida al que abre la mano ante el pobre (Dt 15,11; 28,5) (2Re 4,42-44) (Jn 6,12).

En este Evangelio hay una expresión de Jesús que me impresiona siempre: «Dadles vosotros de comer». Partiendo de esta frase, me dejo guiar por tres palabras: seguimiento, comunión, compartir. (Papa Francisco)

También nosotros buscamos seguir a Jesús para escucharle, para entrar en comunión con Él en la Eucaristía, para acompañarle y para que nos acompañe. Preguntémosnos: ¿cómo sigo yo a Jesús? Jesús habla en silencio en el Misterio de la Eucaristía y cada vez nos recuerda que seguirle quiere decir salir de nosotros mismos y hacer de nuestra vida no una posesión nuestra, sino un don a Él y a los demás.

Ante la necesidad de la multitud, la solución de los discípulos es despedir a la muchedumbre. ¡Cuántas veces nosotros cristianos hemos tenido esta tentación! No nos hacemos cargo de las necesidades de los demás... Pero la solución de Jesús va en otra dirección «Dadles vosotros de comer». (Papa Francisco)

En la Eucaristía el Señor nos hace recorrer su camino, el del servicio, el de compartir, el del don, y lo poco que tenemos, lo poco que somos, si se comparte, se convierte en riqueza, porque el poder de Dios, que es el del amor, desciende sobre nuestra pobreza para transformarla.

Preguntémosnos... al adorar a Cristo presente realmente en la Eucaristía: ¿me dejo transformar por Él? ¿Dejo que el Señor, que se da a mí, me guíe para salir cada vez más de mi pequeño recinto, para salir y no tener miedo de dar, de compartir, de amarle a Él y a los demás? (Papa Francisco)

Compromiso

Dadles vosotros de comer” Atiende a los hermanos que están hambrientos, más necesitados, solos, no tienen nada... ¿Qué puedes hacer en concreto en este sentido con aquellos que necesitan de ti?

Vive con mayor conciencia, fe, amor y gratitud cada Eucaristía y acude con frecuencia a visitar a Jesús en el Sagrario con actitud de adoración y gratitud.

Contemplación: Es el momento de descubrir que no es posible seguir a Jesús y colaborar en el proyecto humanizador y salvador del Padre sin trabajar por una sociedad más justa y menos corrupta, más solidaria y menos egoísta, más responsable y menos frívola y consumista.

Oración a Jesús Eucaristía

Gracias Señor, porque en la última cena partiste tu pan y vino en infinitos trozos, para saciar nuestra hambre y nuestra sed...

Gracias Señor, porque en el pan y el vino nos entregas tu vida y nos llenas de tu presencia.

Gracias Señor, porque quisisteis celebrar tu entrega, en torno a una mesa con tus amigos, para que fuesen una comunidad de amor.

Gracias Señor, porque en la eucaristía nos haces UNO contigo, nos unes a tu vida, en la medida en que estamos dispuestos a entregar la nuestra...

Gracias, Señor, porque todo el día puede ser una preparación para celebrar y compartir la eucaristía...

Gracias, Señor, porque todos los días puedo volver a empezar..., y continuar mi camino de fraternidad con mis hermanos, y mi camino de transformación en ti...(Aciprensa)

Apéndice.

CORPUS,DOMINI, 1913- 2013.

Centenario de inspiración Carismática de Madre María Oliva Bonaldo del Cuerpo Místico. Fundadora de las Hijas de la Iglesia.

El 22 de mayo de 1913, fiesta del Corpus Christi, Madre María Oliva decide participar a la procesión Eucarística. Ella misma narra su experiencia:

“Allí en la plaza del Giorgione, el Señor me esperaba..... cuando el sacerdote alzó la Hostia Santa para bendecir, yo no lo sé... comprendí en un instante a Jesús tuve una idea clarísima del Cuerpo Místico me sentí transformada, el cielo estaba todo en mí, las cosas de la tierra me parecieron tristes y vanidad todo aquello que no pertenecía a Dios, el buen Dios me sedujo, y me dio una idea clara de la obra de las Hijas de la Iglesia”

(MOCELLINO O.,Quaderno di ricordi, Roma 1970-1986,T,g-z, Figlie della Chiesa).

De la Hostia Santa entendí la Iglesia, del *“Cuerpo Eucarístico al Cuerpo Místico, ha sido hasta ahora nuestro programa de vida, de la Víctima gloriosa del altar, a la cual damos cuerpo y alma, porque prolongamos en nosotros su pasión salvífica, la Iglesia Cuerpo Místico, por la salvación de todos los miembros, la humanidad entera por la salvación de todos los hombres, para que todos se dejen salvar, entonces, contemplativas, siempre unidas a Él, a mí me gusta, tanto ver a Jesús en el Sagrario como una continua elevación, y apóstoles, siempre abiertas a todos”*.

(Circular, de Madre M.O, fiesta del Fundador 1976)

“Esta experiencia de Gracia interior, de conversión, que viene de la Eucaristía, María Oliva se pone en camino junto con el pueblo de Dios y mientras caminaba la trasformó una luz que la envolvió, con la gracia, y la acción de Dios, la gracia me atrae,cambia la vida, como la experiencia del Apóstol Pablo en la vía de Damasco, una gracia extraordinaria de luz y de fuerza, y de conversión, que lo lleva a predicar el amor de Jesús a todos, no tiene miedo del martirio por Cristo y por la Iglesia, que antes perseguía. También María Oliva habla de fuerza y de luz que le dé el coraje de la conversión, de vencer el orgullo y el amor propio y la vergüenza de sus colegas de profesión, enfrentar un ambiente comunista los dos obtienen la gracia en el camino, fue una experiencia grande de fuerza interior que salía de la Eucaristía, comprendí todo el Misterio del Cristianismo, en un instante, “la Santa Iglesia no es conocida no es amada, porque no es conocido el amor que la engendró en el dolor, Jesucristo”.

(BONANDO M.O., Lettera a Don Ciro Scotti, Pederobba,29-1-1932,Cor unum, Roma 1977).

El Sacramento de la Eucaristía, comentada por el Papa Juan Pablo II.

La Iglesia vive de la Eucaristía. Esta verdad no expresa solamente una experiencia cotidiana de fe, sino que encierra en síntesis el núcleo del misterio de la Iglesia. Ésta experimenta con alegría cómo se realiza continuamente, en múltiples formas, la promesa del Señor: *« He aquí que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo»* (Mt 28, 20); en la sagrada Eucaristía, por la transformación del pan y el vino en el cuerpo y en la sangre del Señor, se alegra de esta presencia con una intensidad única. Desde que, en Pentecostés, la Iglesia, Pueblo de la Nueva Alianza, ha empezado su peregrinación hacia la patria celeste, este divino Sacramento ha marcado sus días, llenándolos de confiada esperanza.

Con razón ha proclamado el Concilio Vaticano II que el Sacrificio eucarístico es *« fuente y cima de toda la vida cristiana »*. *«La sagrada Eucaristía, en efecto, contiene todo el bien espiritual de la Iglesia, es decir, Cristo mismo, nuestra Pascua y Pan de Vida, que da la vida a los hombres por*

medio del Espíritu Santo». Por tanto la mirada de la Iglesia se dirige continuamente a su Señor, presente en el Sacramento del altar, en el cual descubre la plena manifestación de su inmenso amor.

Durante el Gran Jubileo del año 2000, tuve ocasión de celebrar la Eucaristía en el Cenáculo de Jerusalén, donde, según la tradición, fue realizada la primera vez por Cristo mismo. El Cenáculo es el lugar de la institución de este Santísimo Sacramento. Allí Cristo tomó en sus manos el pan, lo partió y lo dio a los discípulos diciendo: «*Tomad y comed todos de él, porque esto es mi Cuerpo, que será entregado por vosotros*» (cf. Mt 26, 26; Lc 22, 19; 1 Co 11, 24). Después tomó en sus manos el cáliz del vino y les dijo: «*Tomad y bebed todos de él, porque éste es el cáliz de mi sangre, sangre de la alianza nueva y eterna, que será derramada por vosotros y por todos los hombres para el perdón de los pecados* » (cf. Mc 14, 24; Lc 22, 20; 1 Co 11, 25). Estoy agradecido al Señor Jesús que me permitió repetir en aquel mismo lugar, obedeciendo su mandato «*haced esto en conmemoración mía*» (Lc22, 19), las palabras pronunciadas por Él hace dos mil años.

Del misterio pascual nace la Iglesia. Precisamente por eso la Eucaristía, que es el sacramento por excelencia del misterio pascual, está en el centro de la vida eclesial. Se puede observar esto ya desde las primeras imágenes de la Iglesia que nos ofrecen los Hechos de los Apóstoles: «*Acudían asiduamente a la enseñanza de los apóstoles, a la comunión, a la fracción del pan y a las oraciones* » (2, 42). La «*fracción del pan*» evoca la Eucaristía. Después de dos mil años seguimos reproduciendo aquella imagen primigenia de la Iglesia. Y, mientras lo hacemos en la celebración eucarística, los ojos del alma se dirigen al Triduo pascual: a lo que ocurrió la tarde del Jueves Santo, durante la Última Cena y después de ella. La institución de la Eucaristía, en efecto, anticipaba sacramentalmente los acontecimientos que tendrían lugar poco más tarde, a partir de la agonía en Getsemaní. Vemos a Jesús que sale del Cenáculo, baja con los discípulos, atraviesa el arroyo Cedrón y llega al Huerto de los Olivos. En aquel huerto quedan aún hoy algunos árboles de olivo muy antiguos. Tal vez fueron testigos de lo que ocurrió a su sombra aquella tarde, cuando Cristo en oración experimentó una angustia mortal y «*su sudor se hizo como gotas espesas de sangre que caían en tierra* » (Lc22, 44). La sangre, que poco antes había entregado a la Iglesia como bebida de salvación en el Sacramento eucarístico, comenzó a ser derramada; su efusión se completaría después en el Gólgota, convirtiéndose en instrumento de nuestra redención: «*Cristo como Sumo Sacerdote de los bienes futuros [...] penetró en el santuario una vez para siempre, no con sangre de machos cabríos ni de novillos, sino con su propia sangre, consiguiendo una redención eterna*» (Hb 9, 11-12).

Cuando pienso en la Eucaristía, mirando mi vida de sacerdote, de Obispo y de Sucesor de Pedro, me resulta espontáneo recordar tantos momentos y lugares en los que he tenido la gracia de celebrarla. Recuerdo la iglesia parroquial de Niegowic donde desempeñé mi primer encargo pastoral, la colegiata de San Florián en Cracovia, la catedral del Wawel, la basílica de San Pedro y muchas basílicas e iglesias de Roma y del mundo entero. He podido celebrar la Santa Misa en capillas situadas en senderos de montaña, a orillas de los lagos, en las riberas del mar; la he celebrado sobre altares construidos en estadios, en las plazas de las ciudades... Estos escenarios tan variados de mis celebraciones eucarísticas me hacen experimentar intensamente su carácter universal y, por así decir, cósmico. Sí, cósmico! Porque también cuando se celebra sobre el pequeño altar de una iglesia en el campo, la Eucaristía se celebra, en cierto sentido, sobre el altar del mundo. Ella une el cielo y la tierra. Abarca e impregna toda la creación. El Hijo de Dios se ha hecho hombre, para reconducir todo lo creado, en un supremo acto de alabanza, a Aquél que lo hizo de la nada. De este modo, Él, el sumo y eterno Sacerdote, entrando en el santuario eterno mediante la sangre de su Cruz, devuelve al Creador y Padre toda la creación redimida. Lo hace a través del ministerio sacerdotal de la Iglesia y para gloria de la Santísima Trinidad. Verdaderamente, éste es el *mysterium fidei* que se realiza en la Eucaristía: el mundo nacido de las manos de Dios creador retorna a Él redimido por Cristo.

La Eucaristía, presencia salvadora de Jesús en la comunidad de los fieles y su alimento espiritual, es de lo más precioso que la Iglesia puede tener en su caminar por la historia. Así se explica la

esmerada atención que ha prestado siempre al Misterio eucarístico, una atención que se manifiesta autorizadamente en la acción de los Concilios y de los Sumos Pontífices. ¿Cómo no admirar la exposición doctrinal de los Decretos sobre la Santísima Eucaristía y sobre el Sacrosanto Sacrificio de la Misa promulgados por el Concilio de Trento? Aquellas páginas han guiado en los siglos sucesivos tanto la teología como la catequesis, y aún hoy son punto de referencia dogmática para la continua renovación y crecimiento del Pueblo de Dios en la fe y en el amor a la Eucaristía. En tiempos más cercanos a nosotros, se han de mencionar tres Encíclicas: la *Mirae Caritatis* de León XIII (28 de mayo de 1902),(5) *Mediator Dei* de Pío XII (20 de noviembre de 1947)(6) y la *Mysterium Fidei* de Pablo VI. El Concilio Vaticano II, aunque no publicó un documento específico sobre el Misterio eucarístico, ha ilustrado también sus diversos aspectos a lo largo del conjunto de sus documentos, y especialmente en la Constitución dogmática sobre la Iglesia *Lumen gentium* y en la Constitución sobre la Sagrada liturgia *Sacrosanctum Concilium*.

Yo mismo, en los primeros años de mi ministerio apostólico en la Cátedra de Pedro, con la Carta apostólica *Dominica e Cenae* (24 de febrero de 1980), he tratado algunos aspectos del Misterio eucarístico y su incidencia en la vida de quienes son sus ministros. Hoy reanudo el hilo de aquellas consideraciones con el corazón aún más lleno de emoción y gratitud, como haciendo eco a la palabra del Salmista: « *¿Cómo pagaré al Señor todo el bien que me ha hecho? Alzaré la copa de la salvación, invocando su nombre* » (Sal 116, 12-13)

CARTA ENCÍCLICA
ECCLESIA DE EUCHARISTIA
DEL SUMO PONTÍFICE
JUAN PABLO II
17 de abril del 2003

¡Oh banquete precioso y admirable!

“El Hijo único de Dios, queriendo hacernos partícipe de su divinidad, tomó nuestra naturaleza, a fin de que hecho hombre, divinizase a los hombres.

Además, entregó por nuestra salvación todo cuanto tomó de nosotros. Porque, por nuestra reconciliación ofreció, sobre el altar de la cruz, su cuerpo como víctima a Dios, su Padre, y derramó su sangre como precio de nuestra libertad y como baño sagrado que nos lava, para que fuésemos liberados de una miserable esclavitud y purificados de todos nuestros pecados.

Pero, a fin de que guardásemos por siempre jamás en nosotros la memoria de tan gran beneficio, dejó a los fieles, bajo la apariencia de pan y de vino, su cuerpo, para que fuese nuestro alimento, y su sangre, para que fuese nuestra bebida.

¡Oh banquete precioso y admirable, banquete saludable y lleno de toda suavidad! ¿Qué puede haber, en efecto, más precioso que este banquete en el cual no se nos ofrece, para comer, la carne de becerros o de machos cabríos, como se hacía antiguamente, bajo la ley, sino al mismo Cristo, verdadero Dios?

No hay ningún sacramento más saludable que éste, pues por él se borran los pecados, se aumentan las virtudes y se nutre el alma con la abundancia de todos los dones espirituales.

Finalmente, nadie es capaz de expresar la suavidad de este sacramento, en el cual gustamos la suavidad espiritual en su misma fuente y celebramos la memoria del inmenso y sublime amor que Cristo mostró en su pasión.

Por eso, para que la inmensidad de este amor se imprimiese más profundamente en el corazón de los fieles, en la última cena, cuando, después de celebrar la Pascua con sus discípulos, iba a pasar de este mundo al Padre, Cristo instituyó este sacramento como el memorial perenne de su pasión, como el cumplimiento de las antiguas figuras y la más maravillosa de sus obras; y lo dejó a los suyos como singular consuelo en las tristezas de su ausencia”.

De las obras de santo Tomás de Aquino, presbítero.

Opúsculo 57, en la fiesta del Cuerpo de Cristo, lect. 1-4